

siglos de reflexión, y el consejo de propiciar constantemente a esta madre de Musas.

Y, un día, el milagro se produce: al dejar caer el lápiz, brotan los planos exactos; al dejar caer la pluma, corren los versos bien medidos: «quidquid tentabam scribere versus erat».

Todo arte consiste en la conquista de un objeto absoluto, lograda en medio de las distracciones que por todas partes nos asaltan, y contando sólo con los útiles del azar. Sé quién estudiaba el teatro griego entre los desmayos del amor, y casi casi leía los libros en los brazos de una mujer. Ese improvisaba atención.

Pero ¿qué no es improvisación? Oh Pedro Henríquez, tú me increpabas un día:

—No corriges — me decías: —no corriges, sino que improvisas otra vez.

La documentación, es necesaria llevarla adentro, toda vitalizada: hecha sangre de nuestras venas.

III

Se levanta una cortina: es Stravinski, otra vez: llega de Suiza, para unas horas. Trae consigo el manuscrito de NUPCIAS, —portento de música en acordes, con tibios arrullos de marimba, y un sobresalto de resonancias continuas que amedrentan y dejan ocioso el hilillo de la melodía.

Se levanta otra cortina: es Diaguílev que vuelve de Londres, por unas horas. Trae en la mente, en el ánimo,

en el ritmo de la respiración, esas danzas cruzadas que concibió el maestro coreógrafo.

Marchas gimnásticas de mancebos, bajo los ojos extáticos del novio; marchas gimnásticas de doncellas, entre las trenzas caudales de la novia; pétreas inmovilidad de los padres, —secos árboles con barbas de heno y cuencas profundas de ojos, los brazos plegados, las arrugas hechas a cuchillo. Y, al fin, ese paso solemne y grave de los novios hacia el lecho nupcial, como si entraran en una tumba. Es la borrachera triste de Eros, la más intensa. Hermosas bestias cazadas por la Naturaleza, los esposos se aproximan temblando... Salta el corazón, entre pulsaciones de marimba. Y, de pronto, se oscurece la luz.

Stravinski y Diaguílev están en mangas de camisa, al piano; en tanto, el coreógrafo, Massin, anota y anota, vibra junto al velador, trepida por dentro, baila con el alma. Circulan el «Sherry» y el té. Los gajos de limón aplacan la sed.

Silencio: estos hombres improvisan. Movilizan, por unas horas, todas las potencias de su ser. Todo lo traen consigo, porque no se viaja con bibliotecas. La memoria enciende sus frentes. Y, al dar las ocho, todo debe estar concluido. Se besan el bigote, a la rusa, y uno vuelve a Londres y otro a Suiza.

ALFONSO REYES

Madrid, julio de 1923.

(*El Mundo*, México, D. F.)

Mirando al cielo

LA otra noche, después de un día calurosísimo, en una encantadora propiedad situada en el centro mismo de la Isla de Francia, algunas personas se hallaban sentadas en una terraza, desde la que se descubría un amplio espacio del cielo.

En lo alto, las estrellas, una a una, se iluminaban, y bien pronto la bóveda, de un azul sombrío y constelado, se convertía, según la bella expresión de un poeta, en algo semejante a «corazas bruñidas y tachonadas con clavos de plata».

¡Espectáculo sublime y propicio a las divagaciones metafísicas! No faltaron éstas, y cada uno de los presentes se planteaba las preguntas de estilo: ¿cómo y por qué existen todos esos astros? Hubiera sido tan sencillo que todo eso no existiera... No tan sencillo como lo creéis, observaba un filósofo, y se demuestra que la idea de la nada es imposible de concebir. Yo la con-

cibo, sin embargo... —No, os imagináis concebirla, etc., etc.

Semejantes discusiones no pueden nunca amargarse; son de tal naturaleza que se elevan de la materia al espíritu, del tiempo a la eternidad, de lo conocido a lo desconocible...

Al llegar ahí, el hombre se detiene, calla y se siente presa del estremecimiento del abismo, por lo que si se tiene el deseo de hablar, se cae indefectiblemente en los problemas de cuatro dimensiones.

Es ya una gran satisfacción para la humanidad, dice un sabio, haber podido resolver un gran número de esos problemas. Y examina los descubrimientos hechos por la astronomía, desde las antiguas civilizaciones china y caldea, hasta nuestros días, sin olvidar las Pláticas de M. de Fontenelle, sobre la pluralidad de los mundos, con una mujer de la alta sociedad.

Un político deplora que la curiosi-

dad de las cosas celestes no se encuentre más extendida entre el pueblo, y expresó la opinión de que los errores del sufragio universal serían menos frecuentes si los electores estuvieran más al corriente del orden que reina en el Universo.

Una joven que había tomado participación en la guerra, dijo entonces:

—Algunas veces, cuando estábamos descansando, durante las bellas noches de estío, parecidas a ésta, contemplábamos el cielo estrellado, por el que cruzaban los aviones. Contábamos, entre nuestros camaradas, a un soldado de espíritu sencillo, y cuyos límites tratábamos de averiguar, bromeando sin malicia. «Sin embargo, viejo mío, le dije un día, sería espantoso que un avión se encontrase con una estrella. ¡Ya puedes figurarte qué choque!» Se quitó el casco, se rascó la cabeza y al fin contestó: «Es verdad; no había pensado en ello».

Como se pusiera en duda la veracidad de esa anécdota, un novelista tomó la palabra:

—Conocí en otra época a una joven, que no era bachillera, pero que tenía un rostro encantador y un corazón muy tierno. Una noche de estío, muy sejante a esta, nos encontrábamos a orillas del mar y contemplábamos el cielo estrellado. Y yo le expliqué que todos aquellos puntos brillantes eran mundos mucho más grandes que el globo que habitamos; que se conocía el diámetro de sus esferas enormes, su peso y su composición, y a qué distancia estaban de la tierra. Aquella joven repetía: «Es increíble... ¡es increíble!» Atreviéndome a más, le nombré las constelaciones más elementales, si puedo valerme de esa expresión: la Osa Mayor, la Osa Menor, Casiopea, la Lira; y los planetas Marte, Júpiter, Venus; y las estrellas la Polar y Sirio, tan querido para Renán... «¡Oh! decía la joven, eso es todavía más sorprendente, que se conozcan sus nombres...» Pensaba que los sabios, a través del espacio, habían interrogado a los astros para preguntarles: «¿Cómo os llamáis?» Me apresuré a tranquilizarla.

Convenimos todos en que el soldado y aquella joven constituían excepciones, y en que la instrucción, el progreso, la difusión de los conocimientos y de las luces no son ya palabras vanas.

Fuimos a acostarnos y nos dormimos tranquilos con ese reconfortante pensamiento.

MAURICE DONNAY

París, agosto de 1923.

(*Excelsior*, México, D. F.)

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE
Cirujano Dentista Americano
Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.